

## La isla de Boa Viagem

*Elsa Leticia García Argüelles*

¿Será que el viaje ya se había iniciado mucho tiempo antes? Me voy detrás de las islas desconocidas. En el transcurso, largo y breve, cierro los ojos, miro hacia adentro, no hay mapas ni bitácoras que digan por dónde habrá de continuar mi recorrido. Me arriesgo por el prodigioso mar. Durante el camino invento palabras que nadie entiende, nombres que nadie escucha, frases que se van decantando al atardecer de un abrazo que ya no está.

Cuando era niña, imaginaba esa isla y mucho antes de conocerla ya tenía una idea exacta de sus dimensiones y de su nombre. La isla no ha cambiado nada, es la misma, pero con otra tonalidad, como si el mar se reflejara de distinto modo en la tierra firme. Vivo en Brasil y camino por la orla de Niterói, mientras descubro la *ilha* de Boa Viagem desde la bahía de Guanabara. Una isla pequeña, cercana, que se despide de los que se ausentan para ir en búsqueda de algo, con la sutileza de una verdad.

Beatriz pudo haber sido mi compañera de la infancia, pero en realidad la conocí hace poco, cuando fui por primera vez a una estética en Brasil. Tenía el cabello largo, pesado, y decidí dejarlo tan corto como fuera posible. Ella tomó las puntas, cortó y dejó caer el resto como si fuera una parte de mí que estaba sobrando. Le tomé una foto al salir. Cuando me iba, coloqué la cámara en mis manos, deseaba enfocar su rostro. Ella no se escondió de la lente, se quedó allí, parada, esperando el clic con paciencia; sonreía mientras sujetaba unas tijeras en la mano.

Esta es Beatriz, mira, una mujer gorda, con el cabello largo, que me despide muchas veces con la mano, con la certeza de que no regresaré pronto; quizás no recuerde cómo regresar. La fotografía deja ver otra mujer, triste, gorda, sin hijos, sin marido... sola en su negocio, donde conversa y sueña con que alguien entre y le cambie la vida. Ella espera un hombre como un algodón de azúcar, para abrazarlo y no dejarlo ir nunca más. Beatriz me corta el cabello y casi, poco a poco, mi cuerpo se siente menos femenino, como si deseara cambiar de rumbo y dejar de ser mujer por un tiempo, sentir de otro modo. Ser otra mujer.

Después de que revelo las fotos, en los negativos aparece el rostro de otra mujer. Una distinta que posa para la cámara sin saber; distante, mirando lejos, como si allá, muy dentro del mar, una atracción inimaginable le diera sentido a todo. Usa un vestido azul, casi transparente; sobresale

una bolsa de tela colgada en su brazo de piel morena, la que con certeza está llena de conchas y caracoles; sus pies descalzos avanzan sobre el piso de cemento. Nota la presencia de la cámara, se inquieta, pero no hace nada, tampoco intenta irse.

Al fondo de la imagen surge una isla, donde también se aprecia, en la parte más alta, una iglesia y una casa antigua. Hay un puente que une la isla con la tierra firme, pero tiene una reja y no se puede pasar, parece deshabitada, aunque por las noches se alcanza a ver luz a través de las ventanas de la iglesia. Me pregunto si en la foto es la misma mujer, se ve tan distinta, como si la que está afuera ya no existiera más.

Las personas caminan distraídas y absortas. Extrañamente, su intimidad se me presenta en un incómodo placer al mirarlas y tomar fotografías. Nunca dejaba escuchar mi voz, prefería el silencio y el anonimato. Solo esperando que miraran a la lente, aunque sea por un segundo: una mirada espontánea, un Olhear triste y nostálgico, *uma saudade*. Mi cámara imprime retratos con voz: «¿así está bien?», o «¿sonríó?». El silencio de la sorpresa abrupta al acercarme era mil veces mejor, así arrebatava un gesto lejos de lo artificial, ingenuamente más auténtico.

La otra mujer vivía en una isla, como si la isla fuera su casa o, en todo caso, como si ella fuera una isla a la que nadie puede acceder. Seguía la silueta de la playa, y empecé a notar personas que no tenían una casa ni una isla que imaginar ni a la cual llegar. Vivían en la inmensa playa cubierta de arena, donde a veces se improvisaba una cocina o una mesa que nunca era la misma. A la primera hora, y todavía más tarde, un hombre sigue acostado sobre una manta, duerme debajo de una palmera. Lo miro tapado hasta la cabeza, con una bolsa de plástico llena de objetos personales por almohada, cuidándola para que nadie pueda robarla. Sus zapatos perfectamente colocados al lado del espacio de lo que debería ser una cama.

Un arrebato, una tremenda soledad me devuelve la razón. Hay un sitio que recuerdo, un lugar sin nombre que no depende de las paredes o del techo,

sino del profundo afecto a los objetos que permiten seguir siendo una persona a pesar del olvido, la tristeza o el abandono. Aquel hombre duerme, come, orina... quizás sienta voluntad de amar o de sentir un beso más fresco que el mar. Tomo mi cámara, mi mente gira y da vueltas mientras sospecho que no podré cambiar nada. No importa, ya nada importa. Continúo mi recorrido por la bahía. La isla de Boa Viagem se ve distinta. Sigo adelante, no me detengo, aunque parezca que aún falta mucho. El día se muere y atardece. Los rostros ajenos me dejan en soledad mirando el mar.

Inquieta, sostengo la cámara y miro una mujer sentada en la banqueta, con los pies hundidos en la arena; sostiene en sus manos un cigarrillo prendido hace ya un rato. Cuando está a punto de quemarse los dedos suelta la colilla y, como un acto mecánico, enciende de nuevo el siguiente. Permanece con la vista extraviada, el cabello ensortijado, sucio, y sus manos tan quietas. No puedo dejar de mirarla. Ella no me ha visto y sigue en la misma posición. En su mente una escena se repite una y otra vez. Se recuerda a sí misma, con la mano en el aire, fumando un cigarrillo, mientras su ropa vieja sigue manchada por el tiempo y el silencio.

No hay presente ni pasado. Vivir sin familia, sin ataduras, sin nadie... Yo tengo mi propia isla sin conexión con las otras, quizás esto me seduce de la mujer que fuma, como si con un abrazo quisiera devolverle la esperanza. No hay barcos que conduzcan mis quimeras, pero aun así me pregunto si debería aventurarme. Así pudo iniciar este relato. Mi propia isla, cercana, podía alcanzarla al cruzar un puente, esa era la isla de Boa Viagem deseándome que siguiera adelante. Necesitamos una isla desconocida. «*Um homem foi bater a porta do rei e disse-lhe. Dá-me um barco*». Saramago, quédate conmigo, cuéntame de nuevo el mismo relato pleno de ingenuidad y ternura. En ese instante resolví vivir.

No sé si la aventura ha valido la pena. El puente tenía una reja y, según recuerdo, casi siempre estaba cerrada. La isla de Boa Viagem hace más de un siglo

tenía un faro, el cual dirigía a los navegantes; su ubicación estratégica, frente a la salida al mar, donde la bahía se termina y se vuelve inconmensurable. Hay una iglesia pintada de blanco y junto a ella una casa con las ventanas de madera en un tono verde que parece una prolongación del edificio de la iglesia. La fotografía de la mujer mirando hacia la isla se ha vuelto una obsesión de un adiós o de un encuentro o, quizás, un recuerdo que se va transformando en un hermoso y luminoso paisaje punteado. El pincelazo verde y café muestra el espacio geográfico exacto de la isla de Boa Viagem. Los trazos ocres iluminan la casa y la iglesia, reminiscencias de las siluetas delineadas. Los silencios y las resonancias del mar quieto en la tela, instantes de luz en el agua-tinta. El color irrumpe y estalla sobre lo plateado de la claridad. Imposible confundir el cielo con el agua, no hay azul sino más bien un lapso de naranja allá, lejos, justo enfrente, donde mi insignificante isla insiste en quedarse cerca de mí.

Teniendo como fondo el mismo paisaje, dos mujeres conversan en otro siglo, cobijadas bajo la sombra de una jacaranda; plácidas, integran el paisaje con vestidos amplios y frágiles. El hombre sentado en la banca las observa. Yo vislumbro más allá la oscuridad de la sierra, que contrasta con el azul tenue del mar. Todo tan cerca y tan lejos al mismo tiempo; me confundo con el aire y me siento más viva que nunca. Me quedo mirando a lo lejos.

La otra mujer alza su brazo, se despide y susurra: «¿Me acompañas a descubrir el mundo?». Y sin más, se deja mojar por la lluvia mientras un barco viene aproximándose a la entrada de la bahía; justo en ese instante, otro emprendía un nuevo viaje en alta mar. No hay superficie sin grutas ni luz sin oscuridad y el punto de partida es también el punto de llegada.